

¿Pueden imaginarse términos más enérgicos en su sencillez, más expresivos en su sentido, que estos? «**Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre; haced esto**». Es un Dios el que habla, el mismo Dios que dijo: «Hágase la luz; y la luz fue creada» (Gen. 1 3). San Juan penetra en el corazón del Salvador y descubre los sentimientos que animaban su acción exterior. «Jesús –dice el Apóstol–, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin» (Jn. 13 1), y se puede añadir que hasta el exceso. ¡Y es que Jesús, en la Cena, es Dios omnipotente dando a los suyos la prueba más grande de su amor, dejándoles su propio cuerpo y su propia sangre!

Finalmente, Jesucristo comunicó a sus apóstoles y a sus sucesores la potestad de ofrecer el sacrificio que instituyó en el Cenáculo por estas palabras: «**Haced esto en memoria mía**»; es decir, no hagáis solamente la memoria y la simple representación de lo que he hecho, sino **haced esto**, lo que Yo mismo he hecho, y como Yo lo he hecho. No celebréis un sacrificio nuevo, distinto o aislado de mi oblación, sino haced lo mismo que Yo he ofrecido, y bebed el cáliz que Yo he bebido. Yo he tomado el pan y el vino: tomad esta materia y estos símbolos de oblación; Yo los he bendecido: bendecidlos; Yo he dado gracias: haced lo mismo; Yo he partido el pan: partidlo; Yo he dicho: «**Esto es mi cuerpo**», os lo he dado y vosotros lo habéis recibido: tomad y dadlo: *hoc facite*. **Hacedlo en memoria mía**, que soy vuestro Dios y Señor; en memoria de la autoridad y del poder que he conferido a mi Iglesia; en memoria de mis padecimientos y de mi muerte, que renovaréis cuantas veces hagáis esto; en memoria de la Nueva Alianza que he hecho con los hombres, derramando aquí mi sangre y ofreciéndola en sacrificio. Y haced esto en memoria mía, no por un tiempo determinado, sino hasta que Yo venga a juzgar a vivos y muertos; por lo cual, el poder que Yo os doy, transmitidlo a vuestros sucesores, herederos del mismo sacerdocio; y sabed que «*Yo estoy con vosotros*», no solamente enseñando, bautizando y gobernando la Iglesia, sino también ofreciendo y consagrando con vosotros «*todos los días hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 28 20).

Este es el poder real y perpetuo de ofrecer y de consagrar que se ejerce todos los días en la Misa, donde se hace lo que hizo Jesucristo en el Cenáculo y en el Calvario. La Misa es, pues, «*la mesa del Señor*» (I Cor. 10 21), «*el altar del que tenemos derecho a comer*» (Heb. 13 10), «*el trono en medio del cual está el Cordero de pie y a la vez como inmolado*» (Apoc. 5 6), y que continúa en nuestros altares el verdadero sacrificio fundado por Jesucristo.

Si los Hechos de los Apóstoles y los Padres de la Iglesia nombraban el sacrificio con los términos de liturgia y de fracción del pan, o con otros algo oscuros, era porque los cristianos se veían obligados a guardar secreto sobre el misterio eucarístico, a causa de los paganos y judíos, y se entendían a media palabra, como nosotros nos entendemos hoy con el nombre de Misa o «despedida», que tiene aún menos relación con la acción de Jesucristo. Pero en cuanto al dogma del divino sacrificio, la tradición de los hombres apostólicos, de los Padres, de los Concilios y de los Doctores, es expresa, formal y clara.

Existencia y naturaleza del santo Sacrificio de la Misa

*Entresacado del libro LA SANTA MISA,
de autor anónimo (siglo XIX),
INSTRUCCIONES PRELIMINARES, capítulo 7
(los títulos son nuestros)*

Tiempo es ya de que, recapitulando lo dicho en las precedentes Hojitas de Fe, fijemos la definición del sacrificio de nuestros altares.

1º Naturaleza de la Santa Misa.

La Santa Misa es *el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo*, inmolado desde el principio del mundo en las promesas hechas por Dios y por la fe de los justos que recibían anticipadamente la aplicación de sus frutos; figurado en la ley natural por las ofrendas de Abel, de Abraham y de Melquisedec; y en la ley de Moisés por el cordero pascual, por la variedad de tantos sacrificios a los que ha reemplazado, y cuyos diferentes fines ha reunido en una sola inmólación de un valor infinito; anunciado por los profetas; comenzado desde la Encarnación y la presentación en el templo, instituido en la víspera de la muerte del Hombre-Dios, consumado en el Calvario de un modo sangriento, y continuado en nuestros altares para ser, hasta el fin de los tiempos, el único y verdadero sacrificio, para aplicarnos personalmente el precio de la sangre divina derramada en la cruz, y para ofrecer perpetuamente un Dios a un Dios por el ministerio de los sacerdotes legítimos a quienes el Señor confió este poder.

Este sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo es *ofrecido bajo las apariencias de pan y vino*, tales como el color, la figura, el sabor, las cuales permanecen y subsisten después de que la sustancia de pan y vino se ha convertido realmente en el cuerpo y sangre del Salvador.

El instinto moral del hombre en el sacrificio le ha inducido a separar de su alimento ordinario la materia de su ofrenda; porque siendo los alimentos que Dios concede el sostén indispensable de la vida, reconocemos exteriormente, al consagrar al Señor las mejores primicias, que nuestra existencia le pertenece, y que es Dueño y Señor absoluto de nuestra vida. Así hemos visto al piadoso Abel presentar la leche de sus

ganados; a Caín los frutos de la tierra; y después del diluvio, a Noé y sus descendientes sacrificar animales en cuanto fue permitido alimentarse con ellos; a Melquisedec, tipo vivo del Salvador, ofrecer pan y vino para expresar el reconocimiento de los soldados preservados de los peligros de la guerra; vemos también en medio de las víctimas sangrientas de la ley, la flor de harina, el vino, la sal y el aceite consumirse en el altar judaico, las primicias de la cosecha llevadas al templo con solemnidad; y finalmente a Jesucristo elegir el pan y el vino como materia de su sacrificio, a fin de enseñarnos a inmolar con El y en El nuestra vida y cuanto en ella nos es grato y querido. Puesto que la Eucaristía debía ser a un mismo tiempo sacrificio y alimento sacramental, prenda de unión del hombre con su Dios, y de los hombres entre sí, ¡qué más dichosa imagen de este alimento espiritual y de esta unión inefable que la participación de la Víctima bajo las especies de pan y de vino!

La Misa, tal como acabamos de definirla, es **el sacrificio verdadero, real y propio de la Nueva Ley**. En él se encuentran todas las condiciones del sacrificio: • se ofrece en él el cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las especies sensibles de pan y vino; • hay consagración e inmolación de la Víctima por medio de ritos misteriosos, y por las palabras de la institución: «*Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*»; • la cosa ofrecida se destruye y cambia, ya que el pan y el vino, que son la materia preexistente del sacrificio, se transforman en el cuerpo y sangre de un Dios.

La oblación de la Misa se hace **a Dios solo**; el dogma católico es terminante sobre este punto; la hace **un ministro legítimo**, que es Jesucristo como Pontífice supremo, que habla en ella por Sí mismo y en nombre propio, y por el sacerdote canónicamente ordenado, que habla en nombre de Jesucristo y no es más que un órgano suyo que le presta el ministerio que ha recibido de su omnipotencia; ministro legítimo del Salvador, a quien representa, y de toda la Iglesia, de quien es el verdadero diputado y embajador acreditado para ofrecer el sacrificio en nombre de todos.

Finalmente, la Misa se celebra para cumplir todos los fines del sacrificio. Es un **holocausto** en el que adoramos a Dios ofreciéndole las adoraciones de un Dios, en el que publicamos su soberano dominio presentándole la muerte de un Dios, uniendo el culto de nuestro espíritu y el sacrificio de nuestro corazón a las adoraciones de un Dios sacerdote y a la muerte de un Dios víctima. Es una **eucaristía** o acción de gracias por la que elevamos a Dios no sólo los dones que hemos recibido de la plenitud de su misericordia, sino al mismo Jesucristo, manantial de esta plenitud de gracias. Es una **hostia de propiciación por el pecado** en la que ofrecemos a Dios, para desarmar su justicia, la inmolación de un Dios que se ha dignado tomar sobre Sí todas nuestras iniquidades y reunir nuestro débil e insuficiente dolor a sus satisfacciones infinitas. Es, en fin, un sacrificio de **impetración** por el que pedimos y obtenemos todos los bienes necesarios para la salvación del cuerpo y alma.

Y observamos aquí una diferencia entre la oración de la Misa y las demás oraciones: y es que en ella no oramos ni suplicamos nosotros, sino que es un Dios quien ora y es oído; nosotros no hacemos más que unir nuestra debilidad a sus oraciones; por este divino Mediador penetra nuestra oración en los cielos, llega hasta el Padre ce-

lestial y es acogida favorablemente, porque, «¿cómo no nos ha de dar Dios todos los bienes –dice San Pablo–, después de habernos dado a su Hijo» (Rom. 8 32) para que sea la ofrenda de nuestro sacrificio?

2º Malaquías vaticina la Santa Misa.

El profeta Malaquías fue encargado por Dios de anunciar: 1º la abrogación de los sacrificios antiguos: «*Yo no recibiré ya oblaciones de vuestras manos*», dijo el Señor al pueblo judío; 2º y la sustitución de los sacrificios de la Antigua Ley por un sacrificio nuevo y más excelente: «*En todo lugar se ofrece en sacrificio a mi nombre una hostia pura*» (Mal. 1 11).

Este nuevo sacrificio, esta víctima pura ofrecida a Dios en todo lugar: • no es ni el *sacrificio de los paganos*, cuyo altar impuro servía de mesa a los demonios; • ni las *víctimas legales*, que Dios desecha aquí para sustituirlas por una Hostia mejor; • ni la *inmolación de la cruz*, que sólo se ha efectuado una vez en el Calvario, mas no en todo lugar; • ni el *sacrificio espiritual* del espíritu y del corazón, de la alabanza y de las buenas obras, porque el texto de la profecía expresa un sacrificio exterior propiamente dicho: su sentido nos indica visiblemente un sacrificio nuevo, y el sacrificio espiritual e interior siempre había sido practicado. Y así, este sacrificio no es ni puede ser otro que la oblación de la Eucaristía en la Misa, el sacrificio puro de un Dios víctima ofrecido a la majestad de su Nombre en todos los pueblos.

3º Cumplimiento del vaticinio de Malaquías.

Por lo que se refiere al cumplimiento de esta promesa solemne, oigamos a San Pablo. «*En la noche en que fue entregado*», después de concluida con sus discípulos la cena de la antigua pascua que iba a ser abolida con todos los sacrificios de la ley, para verse reemplazada por la oblación pura y universal del verdadero Cordero pascual,

«tomó Jesús el pan, lo bendijo, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que es entregado y dado por vosotros: haced esto en memoria mía. Tomó también el cáliz y habiendo dado gracias, lo bendijo y lo distribuyó a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed; este es el cáliz de mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que es derramada por vosotros por la remisión de los pecados. Cuantas veces hiciereis esto, hacedlo en memoria mía. Porque todas las veces que comiereis este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (I Cor. 11 23-26).

Jesucristo había dicho a sus discípulos en Cafarnaúm que, para tener vida, había que comer su carne y beber su sangre; y para efectuar este milagro dice aquí simplemente: «*Tomad y comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre*». He aquí la consumación de este divino sacrificio y el cumplimiento de todos los misterios. En él renueva el Señor su muerte, su resurrección, su vida gloriosa, y en él alimenta a su Iglesia con su propia carne para hacer de Ella un cuerpo santo y siempre vivo, y darle el germen de la inmortalidad gloriosa.